

## **DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL PARTIDO POPULAR Y PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN LA CLAUSURA DE LA CONVENCIÓN NACIONAL DE EDUCACIÓN DEL PARTIDO POPULAR**

**Madrid, 19 de septiembre de 2001**

Queridas amigas y amigos, señoras y señores,

Muy buenos días a todos y muchas gracias por acompañarnos aquí esta mañana en este acto sobre la Educación y para conseguir una educación de mejor calidad en nuestro país, para conseguir una educación de mejor calidad en España.

Permítanme comenzar diciendo, y ustedes lo comprenderán, que desde el pasado día 11 he manifestado en numerosas ocasiones mi profundo pesar, mi solidaridad, con el pueblo americano después de los tremendos acontecimientos que allí se han vivido. Hoy, en este acto dedicado a la Educación, quiero también que mis primeras palabras vayan también a reiterar nuestro compromiso de lucha contra el terrorismo en todos los frentes. Ésa es nuestra tarea prioritaria y quiero decir que educar en el odio, educar en la exclusión, educar en una historia que habla de mitos sin fundamento es, digámoslo bien claro, alimentar el terrorismo y, desgraciadamente, en nuestra sociedad sabemos bien lo que eso significa.

La Educación es una prioridad en la agenda política de todas las naciones como la nuestra. La mayor parte de los países de Europa proyectan ya o han puesto en marcha reformas de sus sistemas de enseñanza. Coinciden todos en que la base del progreso económico y social en el siglo XXI está en contar con generaciones

mejor formadas, porque muchos de los dogmas pedagógicos establecidos hace tres décadas, menos tiempo en España, se han demostrado incapaces de garantizar la deseable solvencia en el nivel de conocimientos adquiridos por los alumnos al terminar sus estudios.

De poco vale disponer de muchos recursos si no contamos con personas ampliamente educadas y preparadas capaces de aprovecharlos y de generar bienestar. Probablemente, el primer discurso agotado es aquél que solo pide más, más y más recursos sin pensar a qué se van a dedicar y sin pensar que la mejora de la Educación no es solamente una cuestión de recursos.

La importancia de la Educación se hace más evidente también en los últimos tiempos con la facilidad en el acceso a la información. Utilizamos tecnologías que permiten acceder a muchas más personas, y a costes muy bajos, a una cantidad infinita de información. Hoy en la red podemos encontrar desde los protocolos para el tratamiento de cualquier enfermedad, hasta las obras completas de autores clásicos casi en cualquier idioma. Aprovechar bien esa información, ser capaz de interpretarla correctamente, es una buena misión de nuestro sistema educativo.

Es ciertamente espectacular el crecimiento que está teniendo el uso de esas nuevas tecnologías y del Internet en nuestro país. Son millones de familias los que lo utilizan habitualmente, es ya realmente la práctica totalidad de escuelas e institutos quienes están conectadas a Internet y lo pueden usar.

Algunos creen que lo mejor que podemos ofrecer hoy a los estudiantes son grandes conocimientos sobre las nuevas herramientas informáticas o sobre los nuevos avances tecnológicos. Yo estoy de acuerdo en que eso debe ser así; pero creo que, ante un mundo en cambio, lo que principalmente necesitan los jóvenes es disponer de unos conocimientos básicos extraordinariamente sólidos.

Nadie puede saber ahora con seguridad con qué herramientas contarán dentro de veinte años quienes están hoy en las aulas; pero nadie podrá discutir que la capacidad de análisis, que el espíritu crítico, que el conocimiento cierto que proporciona el estudio de materias tradicionales, como la Lengua, como la Historia, como las Matemáticas o como la Geografía, les serán en todo caso imprescindibles para aprovechar las oportunidades del futuro, imprescindibles para conocer su origen e imprescindibles también para saber interpretar correctamente el presente y el futuro.

Por eso quisimos llevar adelante la mejora de la enseñanza de las Humanidades, porque el paso de una Sociedad de la Información a la Sociedad del Conocimiento se logra mediante la educación. Y, como nos recordó hace mucho tiempo un gran humanista español del Renacimiento, Luis Vives, la ignorancia es una tiranía que esclaviza a los seres humanos.

Pues bien, nosotros sabemos que la Educación es esencial para la libertad de los seres humanos y es también una política social eficaz. Apostar por la calidad de la educación es, de hecho, apostar por la mejor política social, porque una educación de calidad es la mejor ayuda para desarrollar los proyectos vitales con éxito; porque en un mundo con mucha mayor movilidad una educación de calidad es el mejor seguro contra el desempleo; porque, en definitiva, una educación de calidad es el mejor instrumento para hacer realidad la Sociedad de las Oportunidades y porque en las sociedades del futuro se van a distinguir las Sociedades del Conocimiento entre aquellos que tengan una educación de calidad y aquellos que no dispongan de ella.

Nada ayuda a progresar tanto como el conocimiento adquirido mediante una educación de calidad, y la Sociedad de Oportunidades, que nosotros estamos poniendo en marcha y queremos desarrollar con todas sus consecuencias, necesita y hace precisa esta apuesta decidida y determinante por el sistema educativo en nuestro país.

Llevamos cinco años devolviendo con nuestra política el protagonismo a la sociedad y a los ciudadanos. Buscamos en cada una de nuestras decisiones abrir espacio para la libre iniciativa de los ciudadanos. No creemos en las Administraciones intervencionistas ni creemos que las sociedades intervenidas sean las que tengan un mejor futuro. Creemos en la iniciativa de los ciudadanos; creemos en el empuje de la sociedad; sabemos que el progreso se consigue mediante el esfuerzo de cada persona por intentar mejorar su bienestar y sabemos que la libertad es lo que nos hace avanzar, lo que nos hace mejorar, lo que nos hace progresar. Por eso no queremos detenernos, queremos seguir el proceso de reformas y queremos seguir adelante.

La Educación es parte esencial del ejercicio de la libertad. Las responsabilidades de cada uno sobre sus propias decisiones y sobre su propia vida requieren los fundamentos que la Educación proporciona.

Ahora que iniciamos este camino por la reforma educativa en nuestro país en todos sus niveles, ahora que se puede abrir un debate en la sociedad española, a la gente que nos pregunta qué queremos, qué pretendemos, nosotros lo que queremos es que nuestra sociedad tenga uno de los mejores sistemas educativos; lo que creemos es que ha llegado el momento de superar todo conformismo y de abandonar la idea que es inevitable que haya alumnos que salgan del colegio, del instituto, sin haber logrado aprender todo lo que realmente está al alcance de sus posibilidades. Creemos y estamos decididos a poner en marcha grandes reformas que garanticen esa mejora de la calidad de nuestro sistema educativo.

Yo estoy convencido de que es una tarea del Gobierno y que impulsarla no solamente corresponde a la Ministra de Educación, que ya lo hace, o al Presidente del Gobierno, que también lo hace, o al Gobierno en su conjunto, que también; también es una responsabilidad de todos los que tienen una función en el sistema educativo: los padres, los profesores y los alumnos.

Los padres son los responsables de la educación de sus hijos; lo diré: los padres somos los responsables de la educación de nuestros hijos, por otra parte, tarea que normalmente, como se sabe, se encomienda a los centros de enseñanza. Pero hay una cosa que no es delegable a los centros de enseñanza, que es la transmisión de valores y de principios que, en primer término, deben formar parte de cada hogar, de cada familia y de la responsabilidad y de los deberes que tienen que asumir los padres ineludiblemente. Eso no es transmisible a nada ni a nadie.

Proporcionar una educación de calidad es, por lo tanto, un deber, pero también es un derecho, y por eso nosotros queremos facilitar que todos los padres tengan la oportunidad de enviar a sus hijos al colegio o instituto de su elección. Lo hicimos en la anterior legislatura y lo vamos a defender y a promover en la presente legislatura.

Quiero decir también que apostar por una educación de calidad es apostar por profesores de calidad que puedan desarrollar su vocación en un entorno de calidad. Lo decía ahora muy bien la Ministra. Algunos han pensado que un profesor es una especie de animador infantil o que es una especie de compañero de juegos. Yo tengo una opinión bien diferente. Yo creo que un profesor, un maestro, es un transmisor del conocimiento; es alguien que tiene en sus manos nada menos que poner a disposición del alumno todo lo que la Humanidad ha sido capaz de ir descubriendo a lo largo de los siglos.

De ese modo, y con el aprendizaje y con la exigencia del cumplimiento, también debe el profesor transmitir al alumno, a los estudiantes, todos los valores que una sociedad libre debe aprender: el pluralismo, el respeto a las normas de convivencia, el aprecio al esfuerzo y tantos otros.

Necesitamos, por lo tanto, profesores que se sientan partícipes en su responsabilidad cotidiana de enseñar y de transmitir el conocimiento. Necesitamos profesores que puedan realmente enseñar en las escuelas y no tener

que dedicarse a combatir las amenazas o el miedo en las aulas. Necesitamos directores dispuestos a liderar las escuelas, capaces de consolidar buenos equipos docentes. Necesitamos directores con autoridad y con medios y capaces de tomar decisiones en los centros académicos.

Les quiero dar un dato: según las últimas estadísticas disponibles, el porcentaje de centros en los que nadie se quiso presentar como candidato a director fue del 60 por 100 para la Educación Primaria y del 64 por 100 para la Educación Secundaria. Algo muy grave está pasando en nuestro sistema educativo para que en más del 64 por 100 de los centros de Secundaria nadie quiera ser director del centro. Y muchos no quieren ser directores de centro porque no se sienten respaldados, ni en su autoridad, ni en su capacidad, ni en sus decisiones, ni en el gobierno de los centros académicos. Eso es lo que hay que cambiar y lo que hay que garantizar.

El siguiente paso es el de los estudiantes. Son el objetivo último y también sujeto de todo el proceso, y son también el indicador, la prueba más palpable, de la necesidad de la reforma. Nosotros queremos de los estudiantes que vayan a las aulas a aprender y a que se les reconozca su esfuerzo, que hagan de su educación la primera de sus responsabilidades. Creemos en los mecanismos de evaluación y de promoción que guían al alumno, que hacen del aprendizaje un esfuerzo constante y que le ayudan a progresar. No entiendo ni puedo entender la educación sin evaluación y no he conocido a nadie que me pueda explicar con una razón de fundamento que lo mejor es no evaluar alumnos y que se pasen los cursos sin conocimiento, que evaluar a alumnos y que solamente pase los cursos el que naturalmente se ha esforzado y tiene conocimientos.

También quiero decir una cosa: estamos hablando de cosas que me parece que son bastante sensatas, bastante razonables. No se trata de ninguna competencia abierta e irracional, no se trata de establecer ninguna carrera; se trata de saber si uno sabe o no sabe lo suficiente para pasar de curso, que no creo ni que sea un

delito ni que sea un crimen, sino algo más bien centrado en el sentido común y en la buena marcha de los centros y en la conveniencia de los alumnos.

¿Que es lo que ocurre de otra manera y cuáles son los riesgos que tenemos? Hablémoslo con claridad porque la debilidad, la debilidad íntima, la debilidad profunda, de algunas de las sociedades o de nuestras sociedades modernas, desarrolladas, occidentales, radica en algunas cosas, y el sistema educativo es una de ellas.

Si los padres dimiten de su responsabilidad de educar, de transmitir valores y principios a sus hijos o renuncian al deber que tienen de educar a sus hijos; si los profesores declinan la responsabilidad de dirigir los centros educativos; si los alumnos no se sienten estimulados al esfuerzo y a la responsabilidad de tener sencillamente que estudiar, que aprender, para ser mejores, para rendir a la sociedad y para abrirse un camino en la vida; si fallan padres, si fallan profesores, si fallan alumnos, no se puede aspirar a tener un buen sistema educativo, porque estamos hablando de los pilares. Corregir estas cosas es un elemento absolutamente básico si queremos fortalecer, a través del sistema educativo, nuestra sociedad.

Yo creo que en los asuntos educativos, como en cualquier otra faceta pública, juzgar las diferentes políticas en función de sus intenciones conduce a errores graves. No son las intenciones lo que hay que juzgar, son los resultados obtenidos.

Nosotros, el Gobierno, el Partido Popular, tenemos ya una grandísima experiencia en que se nos juzgue por intenciones y, como probablemente, además, se nos juzga con mala intención por parte de algunos, por eso hacen el ridículo cada vez que nos juzgan por supuestas intenciones que nunca hemos tenido. Y se produce el efecto-sorpresa, y el efecto-sorpresa, a su vez, produce otro efecto beneficioso para nosotros. Por tanto, como tenemos esa experiencia, no nos quejamos de que nos juzguen por intenciones ni con mala intención, ni

que se produzca el efecto-sorpresa, porque creemos sencillamente que esas cosas, al final, lo que producen son resultados positivos en los objetivos que nosotros pretendemos.

Pero yo creo que no son las intenciones lo que hay que juzgar, sino los resultados obtenidos, los hechos, los resultados. Y lo que yo manifiesto es que nuestro sistema educativo es manifiestamente mejorable. Como en toda obra, se han hecho cosas buenas y se han hecho cosas negativas; pero ha llegado el momento en que el balance exige y requiere una profunda reforma del sistema.

Nosotros no creemos que las soluciones homogéneas, uniformes para todos, sean las mejores; al contrario, creemos que esas soluciones homogéneas perjudican a los más débiles y a un tanto por ciento muy elevado de alumnos que no consiguen terminar sus estudios. Yo creo que ellos se merecen una oportunidad, un camino para progresar y un modo de incorporarse a la vida laboral.

Creo que hoy es evidente la necesidad de una educación más exigente y más rigurosa. No se discute esto ya prácticamente en ningún sitio y espero que tampoco se discuta aquí, aunque no sé si soy demasiado optimista en esa apreciación.

Quiero decir que un sistema de enseñanza que permite adecuadamente atender diversidad de intereses y capacidades con mayores oportunidades de elegir para los padres, para los alumnos, con mayor diversidad de centros y de itinerarios, es un paso fundamental de un sistema educativo moderno. Dentro de eso, nuestro principal desafío es elevar el nivel de nuestra escuela pública, a la que debemos convertir en símbolo de excelencia y símbolo de prestigio.

Hay que empeñarse en ese objetivo sin caer en el error --y lo decía antes-- de que es un problema esencialmente de medios. No es un problema sólo de medios, que también es verdad que los medios son necesarios; es un problema de



planteamiento, es un problema de orientación, es un problema de decisión y es un problema de responsabilidad, no sólo de medios.

Cuando se habla sólo de medios para mejorar una cosa, es que se tienen muy pocas ideas para mejorarla y se recurre a lo que es más fácil. Podemos enterrar paletadas de dineros y de recursos en las universidades y escuelas españolas y que el sistema educativo no sea mejor sino que sea peor. De eso no depende sólo la mejora de nuestro sistema.

Contamos con un profesorado bien formado, contamos con un número de alumnos que permiten atención profesional personalizada y queremos devolverle el prestigio a nuestra escuela pública. Necesitamos, por lo tanto, y lo digo, una nueva reforma estructural en la Educación y, cuando hablamos de ese proceso reformador, de ese proceso reformista, estamos hablando de una de las bases fundamentales del proceso reformador y reformista que ponemos en marcha. Y lo queremos hacer en línea con las corrientes más renovadoras y más reformadoras de Europa. Lo consideramos una prioridad política y lo vamos a llevar a cabo.

Pues bien, quisiera referirme en este momento de una manera singular, si me permiten, a la Universidad; una Universidad cuya realidad es bien distinta a la Universidad de hace veinte años, cuando se sentaron nuevas bases para ella con la Ley de Reforma Universitaria. El panorama universitario ha cambiado muchísimo: hay más de 60 Universidades, hay un millón y medio de estudiantes universitarios en España. Este año, menos, porque salen, no entran otros, por nuestras tasas demográficas, que ésa es otra cuestión de la que tendremos que hablar otro día. Hablaremos cuando toque, como digo; no toca hoy, pero va a tocar. Ya digo que va a tocar hablar de eso, porque es un tema especialmente grave y va a tocar hablar; además, estoy deseando hablar de ese tema.

Digo que hay un acceso muy importante a la enseñanza superior, ha cambiado la sociedad en los últimos años en España y, si ha cambiado la sociedad, ¿cómo no iba a cambiar la Universidad como reflejo de la sociedad?

¿Qué tenemos que hacer? ¿Meter las manos en los bolsillos, cruzarnos de brazos y ser absolutamente insensibles a los cambios de la sociedad si cambia todo el país? La sociedad cambia, se moderniza, prospera, se abre al exterior, asumimos nuevos objetivos y la Universidad, no; en la Universidad no hay nada que hacer. ¿Cómo que no hay nada que hacer? Hay mucho que hacer en la Universidad y hay un capital humano importante: hay buenos profesores e investigadores reconocidos en todo el mundo, hay excelentes gestores, hay buenos estudiantes.

Es el momento de aprovechar al máximo el capital que nosotros tenemos, porque nuestra sociedad hoy, nuestro país, ese país ya abierto, ese país moderno, ese país desarrollado, que cada vez asume más responsabilidades, que tiene más metas, que tiene capacidad para conseguir más cosas, requiere también de una Universidad, por decirlo de esa manera, en forma y de una Universidad capaz para hacer realidad la formación permanente, para seguir impulsando el progreso científico, para aportar sus investigaciones a nuestras empresas, para permitirnos competir en un entorno exigente.

Para eso, entre otras cosas, está la Universidad y debe servir la Universidad. Para proporcionar estudiantes bien preparados con criterios y con los conocimientos precisos. Eso es la fábrica de pensamiento, de innovación, de personas formadas, que requiere la sociedad moderna.

Hay otro concepto de la Universidad que dice: "aquí no entran más que los de la vecindad", "aquí nadie se entera de lo que pasa", "aquí no se mueve un profesor", "aquí no se mueve un estudiante", "aquí nosotros guisamos las investigaciones", "aquí nosotros comemos las investigaciones"... Y así, vaya el mundo como vaya. Ésa no es la Universidad que necesita España.

También, como decía antes para las Eescuelas y los institutos, nosotros queremos mejorar la calidad en todos los ámbitos de la Universidad, pensando en alumnos, pensando en profesores, pensando en investigadores, y queremos promover que cada Universidad, en el ejercicio de su autonomía, se sienta cada vez más responsable por esa calidad. Ése es el concepto fundamental de la autonomía de la Universidad.

¿Cómo va a haber una autonomía universitaria que funcione correctamente bien si están lastrados algunos de sus principios, como es el de la movilidad de estudiantes o de profesores --y, afortunadamente, ahora ya hemos puesto en marcha el Distrito Único universitario--, o si todo un carácter endogámico de establecimiento y de cobertura de puestos hacía imposible la competencia entre Universidades de un modo razonable? Y estoy hablando de la Universidad pública.

Yo creo que apostar por la calidad requiere premiar al que la busca y queremos incentivar y premiar el esfuerzo y el mérito docente en investigación de vanguardia; queremos promover la excelencia universitaria y que se ponga fin a esa endogamia que ha sido, sin duda, uno de nuestros más graves problemas universitarios en los últimos tiempos.

Queremos apostar porque la calidad requiere también dotar de mayor capacidad y mayor responsabilidad a los que la dirigen. Los que dirigen la Universidad tienen que tener más capacidad para dirigirla y más responsabilidades para dirigir. Queremos que se tiendan más puentes entre la Universidad y el resto de la sociedad y queremos generar el marco para que todo se dedique y se destine a mejorar la formación de los Universitarios.

Es decir, queremos una Universidad competitiva y moderna y con mecanismos de evaluación que identifiquen la excelencia universitaria, porque también es evidente que hay que evaluar los sistemas de calidad de cada Universidad y saber cuáles son las buenas, cuáles son las menos buenas. Que los ciudadanos libres,

de un país libre, de una sociedad libre, con una educación libre, puedan elegir a la Universidad a la que quieren ir sus hijos, sencillamente porque es mejor, que no en otra a la que hacen ir obligatoriamente, que le enseña mal a sus hijos, y que no le interesa nada ni lo que le van a enseñar ni lo que le van a proponer.

Como sabéis, el 1 de enero de 2002 comenzará la Presidencia española de la Unión Europea y nosotros deseamos que éste sea uno de los asuntos importantes. Lo he puesto de manifiesto hace unos días: en el Consejo Europeo que celebraremos en marzo en Barcelona uno de nuestros objetivos principales será impulsar todos los elementos de mejora de calidad del sistema educativo y de integración del sistema educativo europeo, haciéndolo más transparente, más comparable, más compatible, simplificando el proceso de reconocimiento de títulos, fomentando la enseñanza de idiomas, intensificando la movilidad de profesores y alumnos; es decir, intentando buscar un espacio de enseñanza superior europeo, que es muy importante.

Pues bien, yo termino ya y os digo que hace poco más de un año --me parece-- que concurrimos a las elecciones generales con un programa ambicioso en materia educativa. Por lo tanto, cuando también nos dicen: ¿qué quieren ustedes? Yo cumplo nuestro programa y nuestro programa resulta que lo han votado mayoritariamente los españoles. ¿Para qué? Para que hagamos, entre otras cosas, estas reformas educativas.

Es un programa ambicioso. Vosotros sabéis que yo dije que esta legislatura iba a ser una legislatura ambiciosa y reformadora, y lo va a ser. Hablamos durante la campaña de la necesidad de hacer reformas sustanciales en la Educación Primaria y Secundaria, en la Formación Profesional y en la Universidad. Generamos debates en torno a estas cuestiones y estoy convencido de que no me equivoco si pienso que supimos conectar y convencer a una mayoría amplia de ciudadanos españoles.

¿Qué es lo que tenemos que hacer ahora? Poner en marcha los compromisos por los cuales los españoles nos han elegido. Ahora bien, quiero deciros que esto ni

va a ser fácil, ni va a ser cómodo. Y no va a ser fácil ni cómodo por distintas razones: una, porque hay algunos en la vida política y social española que se creen que esto de la Educación es suyo, que lo han inventado ellos y que dicen: "¿cómo estos del Gobierno y del Partido Popular se creen que van a entrar en la Educación? Si eso es cosa de 'progres', nada más". No sé si será cosa de "progres". Cuanto menos sea cosa de "progres", mejor. La cosa es de todos, es cosa de la sociedad española.

La mayoría social y política de los españoles apuesta por un sistema educativo mejor de lo que tenemos. ¿O es que alguien nos va a discutir nuestro derecho, no solamente a poner el impulso de mejorar nuestro país, sino a que nuestro sistema educativo sea mejor? Eso habrá que discutirlo y por eso vamos a proponer todas las reformas en todos estos ámbitos a los que yo me he referido.

Pero luego, además, hay muchos intereses en juego. Hay gente que puede ver la oportunidad o el terreno para defender intereses, para hacer manifestaciones expresas del corporativismo más antiguo, más rancio y más reaccionario envuelto en la bandera de un progresismo absolutamente trasnochado.

Luego, evidentemente, sabemos que todo Gobierno acierta y se equivoca. Y nosotros tendremos críticas, y ya digo que intentaremos extraer de las críticas todas las mejores ideas que se puedan aportar; pero vamos a distinguir muy bien entre quienes aportan desde la crítica y vamos a poner de manifiesto muy bien a quiénes defienden intereses corporativos o plantean simplemente luchas ideológicas de hace treinta años como si nada en España y en el mundo hubiese cambiado.

Cuando escuchéis decir, porque esto se escucha todos los días, que los profesores, o los padres, o los alumnos, se oponen a las reformas que propondremos, deteneos un momento verdaderamente y pensad si quien dice eso lo que está escondiendo es la defensa de intereses corporativos, de intereses

singulares, de intereses concretos, que impidan lo que sea necesario en las reformas de nuestro sistema educativo.

Ya sabemos nosotros que las reformas tienen reticencias, ya sabemos que las reformas también tienen costes. ¿Cómo no lo vamos a saber en un Gobierno y en un partido que ha hecho de la reforma la principal de sus señas de identidad, la principal de sus banderas, y que nosotros somos capaces de poner encima de la mesa, asumiendo los riesgos, cosas, hechos y reformas como la del Plan Hidrológico, que nadie se atrevía a hacer en nuestro país? Ahora vamos a hacer la reforma educativa que necesita España, sencillamente porque queremos contribuir a nuestra España mejor y a una educación mejor desde todas sus calidades, desde todas sus escuelas y desde todos los institutos.

A nosotros nos interesa el futuro de nuestro país, nos interesa tener jóvenes y generaciones bien formadas, nos interesa tener centros educativos en los que se aprenda, que puedan razonablemente competir entre ellos y que estén abiertos a la libre elección de todos. Nos interesan y asumimos todas las críticas y todas las aportaciones, pero ya no escuchamos las monsergas; sencillamente, ponemos en marcha las reformas, que es lo que España necesita.

Gracias por vuestro apoyo y por vuestra comprensión.